

ce de Jesucristo. La posesion de todos los reinos no podria hacerme feliz, y me es infinitamente mas glorioso el padecer y morir por Jesucristo, que reinar sobre toda la tierra. Mi corazon suspira por aquel que murió por mí: mi corazon anhela por aquel que resucitó por mí: ved lo que espero recibir en cámbio de mi vida: dejadme imitar los sufrimientos de mí Dios: no me impidais vivir queriendo impedir mi muerte: si alguno de vosotros tiene á Dios en su corazon, comprenderá lo que digo y será sensible á mi pena, si arde en el mismo fuego que me consume. El deseo ardiente que tengo de morir, me obliga á escribiros; pues el único objeto de mi amor está crucificado, y mi amor ácia él, hace que yo esté lo mismo. El fuego que me anima y oprime no puede sufrir algun lenitivo ó mezcla que lo debilite: aquel que vive y habla en mí, me dice en el fondo de mi corazon continuamente: esfórzate á venir á mi Padre: ya no gusto de cuanto los hombres solicitan; el pan que apetezco es la carne adorable de Jesucristo, y el vino que deseo es su preciosa sangre: vino celestial que enciende en mi corazon el fuego vivo é inmortal de una caridad incorruptible: nada tengo ya en la tierra ni me miro como viviente entre los hombres. Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Antioquia, que desprovista de pastor pone sus esperanzas en aquel que es el pastor soberano de todas las Iglesias. Que Jesucristo, faltando yo, se digne gobernarla: á su Providencia y á vuestra caridad la confio.

No es necesario hacer notar que el espíritu de Dios es el que habla en esta carta; fácilmente se conoce que este no es el language de los hombres.

### MARTIRIO DE S. IGNACIO.



**D**ESPUES de alguna demora en Esmirna, partió San Ignacio de esta ciudad para continuar su viaje. Se esforzaba á llegar á Roma, porque ya se acercaba el tiempo señalado para los espectáculos: abordó á Troade: atravesó la Macedonia, y en un barco dispuesto á hacerse á la vela, que se hallaba ácia las costas del Epíro, se embarcó en el mar Adriático y tomó el mar de Toscana. El viento favorecia los deseos del santo mártir, y fué llevado el bajel á la embocadura del Tiber. A la noticia ruidosa de su llegada, los fieles de Roma llegaron antes que él: tenian el mayor gusto de verlo y oirlo; pero este gozo estaba mezclado de tristeza cuando conocian que era conducido á la muerte. Algunos se propusieron ganar al pueblo, (como algunas otras veces se habia hecho) con el fin de conservar la vida de este venerable anciano: pero el santo obispo les habló con tanto esfuerzo, y les mandó con tanta instancia que no le impidiesen el bien de ir prontamente á Dios; que se rindieron á sus súplicas. Todos se arrodillaron, y el santo obispo levantando la voz en medio de ellos, pidió á Nuestro Señor Jesucristo que hiciese cesar la persecucion y volviese la paz á su Iglesia, y mantuviese en el corazon de los fieles una caridad tierna y mútua. Acabada la oracion fué el santo conducido por los soldados al anfiteatro: este era uno de los dias que la superstición

pagana habia consagrado bajo el nombre de fiestas sigilarias. Toda la ciudad estaba presente: el santo mártir al entrar allí, oyó los rugidos de los leones: la vista de su suplicio en nada disminuyó su firmeza ni su ardor: su semblante y su modestia anunciaban al contrario, el contento y el gozo; pero un gozo modesto y apacible. Prontamente murió; en un momento dos leones lo despedazaron, y no quedó de su cuerpo mas que los huesos mayores, que fueron recogidos con respeto por los fieles, y llevados á Antioquía, como un tesoro de un precio inestimable. Tuvieron un grande consuelo los cristianos de aquellos lugares por donde pasaron las santas reliquias, al recibirlas y adorarlas: se pusieron en una caja y se depositaron en el cementerio que estaba inmediato á la puerta de la ciudad. Los que han escrito la historia de su martirio, la concluyen de este modo. Nosotros mismos fuimos testigos de esta gloriosa muerte, que nos obligó á derramar un torrente de lágrimas: pasamos la noche en vela y oracion, suplicando á Nuestro Señor se dignase sostener nuestra flaqueza. El santo mártir se nos apareció como un atleta que sale de un penoso y glorioso combate. Estaba en pié delante del Señor, y cercado de una gloria inefable. Llenos de gozo por esta vision, dimos gracias al autor de tanto bien, y le bendijimos por la dicha que habia concedido á su siervo. Os señalamos el dia de su muerte, para que todos los años nos reunamos á honrar su martirio en aquel tiempo mismo en que lo sufrió, con la esperanza de participar de la victoria de este glorioso atleta del Señor, que ha rendido á sus pies al demonio con la ayuda de Nues-

tro Señor Jesucristo, por el cual y al cual sea la gloria y el poder con el Padre y Espiritu Santo por todos los siglos. Amén.

**Adicion.**—Valentino, despues de haber manifestado en Egipto el celo mas fervoroso en defensa de la fé, despechado por no haber obtenido el santo carácter del episcopado que pretendia (motivo suficiente en aquellos tiempos felices para ser esluído de él) comenzó á impugnar la doctrina de la Iglesia, é inventó un sistema de religion tan absurdo, como podia esperarse de la estravagante miscelánea que habia formado de los Números, generacion de los dioses de Esiodo con el Evangelio de San Juan, que era el único que respetaba. Sobre la moral establecia la inamisibilidad de la justicia: principio que despues de tantos siglos suscitaron Lutero y Calvino. Decia que la adopcion divina salva al hombre aunque niegue la fé esteriormente. Sin embargo, estos delirios hallaron un prodigioso número de partidarios, que en breve tiempo se subdividieron en muchas sectas. De estas, los sethinos veneraban á Seth, hijo de Adan, como redentor de los hombres. Los cainitas honraban á Cain: y los sophitas á una serpiente.

(AÑO 150 DE JESUCRISTO.)

### APOLOGIA DE SAN JUSTINO.

**M**IENTRAS que los santos mártires daban con su sangre una esclarecida prueba de adhesion á la religion cristiana, los santos doctores la defendian con sábias apologias. La primera de las que han llegado á nosotros es la de San Justino. Este santo tuvo el valor de poner su nombre al frente, y dirigirla al emperador Antonino, y á sus dos hijos Mar-

co Aurelio y Cómmodo. San Justino habia nacido en el paganismo: no abrazó la religion sino á la edad de treinta años, despues de un sério ecsámen, y despues de un meditado juicio, fundado sobre las mas sólidas razones. La constancia de los mártires le habia llenado de admiracion, y habia comenzado á abrirle los ojos. El estudio que hizo en seguida de las divinas Escrituras, y principalmente de los profetas, le convenció de la verdad de la religion cristiana. En su apología suplica principalmente al emperador, que juzgue por sus acciones, y no solamente por su nombre, á los que se han denunciado como cristianos, que no los condene únicamente porque lo son: os suplicamos, le dice, que no escucheis las pasiones ni las calumnias para formar un juicio; á vos mismo os harán injusto, porque á nosotros no se nos podrá perjudicar, ni aun quitándonos la libertad y la vida. Que se haga una esacta averiguacion de los crímenes que se nos imputan: si ellos se prueban, que se nos castigue; pero si no se nos encuentra culpables de algun crimen, la recta razon prohíbe condenar á los inocentes, ¿Cómo se nos puede tratar de impíos á los que adoramos al verdadero Dios, al Eterno Padre, autor de todas las cosas, á su hijo Jesucristo, que ha sido crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, y al Espíritu Santo que ha hablado por boca de los profetas? Para manifestar que este Jesus crucificado es verdaderamente Dios, dice: que Jesucristo es la soberana razon que convierte enteramente á los que se adhieren á su doctrina. Eramos en otro tiempo esclavos de los placeres; y ahora tenemos una vida pura y casta: éramos apreciados por las rique-

zas, y ahora ponemos nuestros bienes en comunidad, para que nuestros hermanos participen de ellos: aborreciamos á nuestros enemigos, y ahora los amamos y rogamos por ellos. Refiere en seguida, algunos preceptos de la moral de Jesucristo: si os dignais, les dice, ecsaminar nuestros principios y nuestra conducta, quedareis convencidos de que no tenéis súbditos mas sumisos ni mas dispuestos á conservar la paz y la pública tranquilidad. Ni vuestras leyes ni vuestros suplicios refrenan á los malvados: ellos saben que se os puede ocultar el conocimiento de muchos crímenes; pero nosotros, nosotros estamos persuadidos que nada hay oculto á los ojos de Dios: que él debe juzgarnos algun dia y castigarnos ó recompensarnos segun nuestras obras: nosotros no adoramos mas que á un solo Dios; pero os obedecemos con gusto en todo lo demas: os reconocemos por nuestro emperador y dueño del mundo, no cesamos de suplicar á Dios, que con el soberano poder tengais tambien un espíritu recto y una conducta sábia. En seguida, el santo doctor prueba la verdad de la religion, por las profecías que han sido recogidas y conservadas segun el orden de los tiempos en que han sido escritas. Insiste sobre las que hacen relacion á la ciudad de Jerusalem, á la dispersion de los judios, á la vocacion de los gentiles, y despues de haber manifestado que es decisivo en favor de la religion cristiana, el cumplimiento reciente de una profecía tan notable, concluye que las otras profecías, y en particular las que se refieren á la segunda venida de Jesucristo, á la resurreccion y juicio universal, tendrán tambien su cumplimiento. En fin, para responder á las

calumnias que se publicaban contra las asambleas de los cristianos, espone circunstanciadamente todo lo que se hacia en ellas: y vemos con consuelo una perfecta conformidad entre lo que refiere San Justino, y lo que se practica entre nosotros: acaba por estas palabras: "Si esta doctrina os parece racional, haced de ella la estimacion que merece; si al contrario, ella no os agrada, no la abrazeis; pero no condeneis á la muerte por solo esto á las gentes que ningun mal han hecho." San Justino tuvo en seguida, la felicidad de sellar con su sangre el público testimonio que habia dado á la religion cristiana.

**Adicion.**—Tasiano, discípulo de San Justino, célebre por su excelente tratado contra los gentiles, cayó en la heregia de Valentiniano, esforzándose en propagarla por diferentes provincias de la Asia Menor y de la Siria. Se hizo cabeza de los encratitas ó continentes, llamados así por la abstinencia que afectaban; jamas comian carne ni bebían vino: y aun en la consagracion de la Eucaristia, solo usaban agua para el cáliz. Estas sectas y las que al fin de la leccion anterior hemos referido, affigieron á la Iglesia por los años 140 hasta el de 171.

(AÑO 166 DE JESUCRISTO.)

#### CUARTA PERSECUCION BAJO EL IMPERIO DE MARCO AURELIO.

LA Iglesia naciente aun entonces estaba diseminada por toda la tierra: llenaba, no solo al Oriente, en donde habia comenzado, es decir, la Palestina, la Si-

ria, la Asia Menor, el Egipto y la Grecia, sino tambien en el Occidente; ademas de la Italia, las diversas naciones de los galos, todas las provincias de España, la Africa, la Germania y la Gran Bretaña: ella se propagaba por los parages impenetrables á las armas de los romanos, y aun fuera del imperio, en Armenia, la Persia, las Indias, en los pueblos mas bárbaros los Sarmentós, los Darios, los Scythas, los Mauriacos, los Getulianos, y hasta las islas mas desconocidas, todo lo ocupaba ya el cristianismo. La sangre de sus mártires la hacia fecunda. El emperador Marco Aurelio, desgraciadamente prevenido contra el cristianismo, por las calumnias con que lo denigraban, se manifestó cruel para con los que le profesaban. Parecia que la persecucion fué mas violenta por el gran número de los que sufrieron entonces el martirio. Comenzó en Asia, y las primeras violencias se ejercieron en Esmirna. Se condujeron muchos cristianos de las inmediaciones, para atormentarlos. Fueron llevados al tribunal del gobernador de Asia, que residia en esta ciudad. Despues que ellos hubieron confesado generosamente á Jesucristo, se les hizo sufrir toda clase de tormentos, cuya descripcion se refiere en la hermosa carta que los fieles de Esmirna, testigos de su martirio, escribieron con tal motivo á las otras Iglesias. Estos mártires (se lee en esta carta) han sido de tal modo destrozados á azotes, que se les veían las venas, las arterias, y aun las entrañas. En medio de este cruel tormento, ellos permanecían firmes é inalterables; y cuando los espectadores se enternecían hasta llegar á derramar sus lágrimas, estos generosos soldados de Jesucristo no daban la menor que-

ja ni el mas leve suspiro. Veian sin desfallecer, correr su sangre por mil bocas: contemplaban tranquilos sus entrañas palpitantes: se presentaban al suplicio con un aire de gozo: sufrían en silencio, y sus lábios cerrados para la queja no se abrían sino para bendecir al Señor: como absortos y fuera de sí, unicamente escuchaban la voz de Jesucristo que estaba en ellos, y hablaba en su corazón: el gozo que les causaba su presencia, les hacia despreciar todos los tormentos: se tenían por felices con evitar los suplicios eternos, por un dolor de algunos momentos; y el fuego que sufrían les parecia fresco, en comparacion de aquel que no se extinguirá jamás: ellos tenían los ojos del corazón fijos sobre los inefables bienes que Dios reserva á los que perseveran: bienes que los ojos no han visto, que los oídos no han escuchado, y el corazón humano no ha jamás comprendido; pero que Dios les manifestaba para que ellos ya no fuesen hombres sino ángeles. Los que han sido condenados á las fieras, han sufrido las incomodidades de una larga prision, esperando el dia destinado á su coronacion. Se les veía desnudos y vertiendo sangre sobre escarpadas y agudas piedras: se agotaban á millares otras clases de tormentos para abatir su valor y hacerles renunciar á Jesucristo; porque nada hay que el infierno no haya intentado contra ellos; pero por la gracia de Dios nada ha podido vencerlos. Un jóven llamado Germano, alentaba á los otros con su ejemplo. Antes de ser espuesto á las bestias, el procónsul por un sentimiento de humanidad, le ecshortaba á que tuviese piedad de sí mismo; pero el santo mártir le respondió con firmeza, que él desearia me-

gor perder la vida mil veces, que conservarla al precio de su inocencia. Despues, dirigiéndose valerosamente ácia un leon que venía á él, y buscando la muerte en las garras y dientes voraces de este animal, se apresuró á dejar allí el despojo sangriento de su cuerpo, y salir de un mundo en donde no se respiraba sino impiedad y crimen. Esta accion heroica encendió en cólera al pueblo que hacia resonar el anfiteatro con estas palabras: "Que se castigue á los impíos, que se haga venir al obispo Policarpo!"

**Adicion.**—Celso publicó por el año 149, poco mas ó menos, su libro intitulado: Filaletes. En esta obra introduce el autor á los cristianos, disputando con los judíos; y despues ridiculiza á unos y á otros, intentando hacerlos igualmente odiosos y despreciables. Este satírico filósofo dice: que al paso que los adoradores del crucificado se multiplican, se han formado entre ellos una infinidad de testigos, cada uno de ellos se esfuerza á superar á sus rivales y destruirlos.

A la apología de San Justino deben añadirse tambien la de Cuadrato y Aristides.

## SAN POLICARPO,

OBISPO DE ESMIRNA,

### Preso y presentado al procónsul.

**B**USCABAN por todas partes á San Policarpo para hacerle morir; y las pesquisas llegaron á hacerse con mas empeño, desde que el pueblo irritado por la constancia de los mártires, pidió á gritos que el

santo fuese entregado á su furor. El santo obispo no se turbó: quiso permanecer en la ciudad; pero cedió á las súplicas de los fieles, y se retiró á una casa, que no estaba distante de allí. Algunos dias despues, como con frecuencia lo buscaban, se pasó á otra de campo. Acababa de salir de allí, cuando llegaron los que le buscaban: no habiéndole encontrado, preguntaron por él á dos jóvenes, de los que el uno, cediendo á los tormentos, descubrió la nueva morada del santo obispo. Los flecheros que estaban armados, como para prender á un ladrón, llegaron allí un viérnes al principio de la noche. San Policarpo estaba entonces acostado en una recámara alta: habria podido salvarse; pero no quiso hacerlo, y dijo: *Hágase la voluntad de Dios.* Bajó, pues, y vino á hablar á los flecheros, quienes viendo su avanzada edad y su firmeza, no pudieron dejar de esclamar: ¿y era necesario apresurarse tanto para aprisionar á este buen viejo? Estaban ellos disgustados por haber sido encargados de una comision tan odiosa; pero lo habrian sido aun mas, si se les escapase la ocasión de una fortuna que les aseguraba ordinariamente esta suerte de expediciones. San Policarpo les hizo disponer una gran cena, y habiendo obtenido algun tiempo para orar, pidió con los ojos levantados ácia el cielo, por toda la Iglesia; y lo hizo con tanto fervor, que todos los asistentes, y aun sus mismos enemigos, estaban llenos de admiración. Cuando llegó el tiempo de partir, se le hizo montar en un asno para llevarlo á la ciudad. A su llegada, fué inmediatamente conducido al anfiteatro, en donde el pueblo estaba reunido: se le presentó al procónsul, quien le eshortó á

obedecer las órdenes del emperador, para salvar su vida. Conservad vuestra vejez, le dice este magistrado, ¿ereis poder sostener los tormentos cuya vista hace temblar á la mas vigorosa juventud? Pero el santo obispo se manifestó tan insensible á sus amenazas, como á la falsa piedad que le manifestaba. Le urgía el procónsul diciéndole: Maldice á Cristo, y te dejaré libre: Policarpo respondió: Hace ochenta y seis años que le sirvo, y hasta ahora no me ha hecho mal alguno, ¿cómo podré blasfemar contra mi Rey que me ha salvado? El procónsul le dice: Jura por la fortuna de los Césares: os toméis un trabajo inútil, respondió el santo obispo, como si no me conocieseis: yo declaro públicamente que soy cristiano: si quereis saber cuál es la doctrina de los cristianos, yo os la haré conocer. El procónsul le amenazó, que lo espondria á las fieras. Me es ventajoso, dice el santo obispo, llegar por medio de los sufrimientos á la perfeccion de la virtud; pues ya que no temeis á las fieras (añadió el procónsul) os haré quemar vivo. El santo obispo respondió: Me amenazais con un fuego que en un momento se estingue; porque no conoceis el fuego eterno que está reservado á los impíos: ¿pero qué os detiene? Haced de mí lo que os agrada; y al decir esto, parecia lleno de confianza y de gozo: la gracia que brillaba en su semblante, sorprendia al procónsul. Entonces el pueblo furioso, exclamó: *Que sea entregado á las fieras: este es el Padre de los cristianos y el enemigo de nuestros dioses;* mas como se habia acabado ya el tiempo de los regocijos públicos, condenó el procónsul al santo obispo, á que fuese quemado vivo.

## MARTIRIO DE S. POLICARPO.


  
**L**UEGO que se pronunció la sentencia, todo el pueblo corrió en tropel, para buscar leña y construir la hoguera. Entonces el santo mártir se quitó su cingulo, se despojó de sus vestidos, y semejante á una víctima electa entre todo el rebaño, subió á la hoguera, como sobre un altar, para ser inmolada allí. Se disponian á atarle, segun costumbre, con cadenas de hierro; pero él dijo á los verdugos: Dejadme así: aquel que me da fuerza para sufrir el fuego, me hará permanecer firme sobre la hoguera, sin que sean necesarias vuestras cadenas. Se contentaron entonces con atarle las manos á las espaldas; y levantando los ojos al cielo el santo mártir, hizo esta deprecacion: Dios Todopoderoso, Padre de Jesucristo, vuestro Hijo muy amado, por quien hemos recibido la gracia de conoceros, yo os doy gracias porque me habeis hecho llegar á este dia feliz, en que debo entrar en la sociedad de vuestros mártires, y participar del cáliz de vuestro hijo, para resucitar á la vida eterna: sea yo admitido hoy en vuestra presencia como una víctima agradable: yo os alabo, os bendigo, os glorifico por el pontífice eterno Jesucristo vuestro Hijo, á quien sea dada gloria, con vos y el Espíritu Santo, ahora y en todos los siglos. Amén. Cuando hubo acabado su deprecacion, se encendió la hoguera, y se elevó inmediatamente una gran llama, que por un admirable pro-

digio no tocó al cuerpo del santo mártir, sino que le rodeó en forma de bóveda. Estaba en medio de la hoguera, como el oro en el crisol, y eshalaba un olor tan agradable, como el de los mas escelentes perfúmes. Los paganos viendo que no se quemaba, lo atravesaron con una espada, y la sangre salia con tanta abundancia, que apagó el fuego. Esta historia del martirio de San Policarpo, fué escrita por los que fueron testigos de él. Añaden que los paganos no permitieron que levantasen de allí el cuerpo, sino que lo hicieron consumir por temor de que los cristianos no dejasen al crucificado (decian ellos) para adorar á éste: á lo que los escritores de esta historia responden, ¿no saben ellos que nosotros jamas podremos dejar á Jesucristo, que ha sufrido por la salud de todos, ni honrar á otro alguno? No le adoramos sino porque es el Hijo de Dios, y no consideramos á los mártires, sino como sus discipulos é imitadores; y los reverenciamos con justicia por la fidelidad que han guardado á su Rey y á su Señor. Acaban así su historia: sacamos del fuego sus huesos, mas preciosos que las piedras finas, y los pusimos en un lugar conveniente, en donde esperamos reunirnos todos los años, para celebrar con gozo la fiesta del santo mártir, para que los que vengan despues de él, sean escitados á prepararse al combate; se ve por estas últimas palabras que desde los primeros siglos, la Iglesia Católica ha honrado á los santos, como siervos y amigos de Dios; y que en todos tiempos ha visto con una religiosa veneracion sus reliquias, ó los restos de su cuerpo, por haber sido víctimas inmoladas, ó por el martirio, ó por la penitencia, y como miembros vi-

vos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. Esta práctica, está pues, autorizada por la tradición de todos los siglos; y por consiguiente, apoyada sobre los fundamentos mismos de la religion.

**Adicion.**—Marción, heresiarca, tanto mas seductor, quanto en la apariencia se oponia su doctrina á la de todos los que hasta entonces se habian separado de la Iglesia, habia tenido en Roma mucho séquito; obligaba á sus sectarios á abstenerse de carne y de vino, y á practicar rigurosos ayunos: condenaba absolutamente el matrimonio, fundándose en la doctrina de los dos principios, que fué invención suya, aunque despues la adoptaron los maniqueos. Con esta afectacion procuraba ocultar el motivo de su vergonzosa apostasia. Era hijo de un santo obispo, el cual le escomulgó por un pecado de incontinencia; y como en Roma se aprobó la conducta del obispo, amenazó con despecho, que habia de perseguir una religion donde, segun él decia, se le trataba con tanto rigor. Abrazó los extravagantes y sacrilegos principios de Cerdon, sobre la naturaleza y division de la divinidad. Apeles, su discípulo, precipitado como él en la heregia por un pecado deshonesto, del que no quiso sufrir la debida penitencia, le imitó igualmente en sus errores. Enseñaba con Marcion, que habia dos dioses, uno bueno y otro malo; el malo criado por el bueno. Por lo que hace á Nuestro Señor Jesucristo, decia que no habia tenido una carne real y verdadera, sino un cuerpo celeste y aereo. Negaba la resurreccion de la carne. A las almas atribuía la diversidad de sexos: publicaba como revelacion los delirios de Filumena, muger que se cree estaba endemoniada. Pocio, Basílico y Cíneros, siguieron igualmente á Marcion. Rodon, doctor ortodoxo, estrechó tan vivamente á Apeles en la disputa, que le hizo conocer los errores de su doctrina; mas por no confesarse vencido, le contestó, que no se debía examinar la religion, y que cada uno podia persistir en la suya. Marcion, encontrando en Roma á San Policarpo, preguntó al santo si le conocia: te conozco, le respondió, por primogénito de Satanás.

(AÑO 174 DE JESUCRISTO.)

## LEGION FULMINANTE.

**E**L emperador Marco Aurelio hizo cesar estas persecuciones, con motivo de un favor singular que recibió del cielo, por la mezcla de los soldados cristianos que servian en su ejército; pues tanto los campos como las ciudades y campiñas, estaban llenas de cristianos. Dios se servia de los soldados romanos como de misioneros, para llevar la religion hasta los paises mas remotos, á donde ellos eran enviados para servicio del estado, y hacia algunas veces milagros por medio de los cristianos, en su favor. El que obró por las oraciones de la legion fulminante, fué muy esclarecido. El emperador hacia la guerra á los Sarmientos y á otros pueblos de la Germania. El ejército romano se encontró comprometido en las montañas áridas de Boemia, y rodeado de pueblos bárbaros superiores á ellos en número. Era la fuerza del estío, y hacia un calor excesivo, y no habia agua en aquel lugar. Los romanos estaban en peligro de perecer por la sed. En esta tribulacion, los cristianos se pusieron de rodillas y dirigieron á Dios fervorosas súplicas delante del enemigo que se burlaba de ellos; pero de improviso, el cielo se nubló y llovió con abundancia en el lado donde estaban los romanos. Al principio te-